

EZEQUIEL : RELATO DE VIDA

Fabián Sagardoy

UNLP

Ezequiel : Statement of life

Resumen

El abordaje del presente relato despliega la situación de vida de un sujeto adolescente que desde temprana edad se relaciona con un docente de Educación Física. Interactuando por los distintos niveles educativos, y casi por azar, la vida de los dos se entrelazará y se relacionará en diferentes contextos de pobreza, indigencia y sometimiento.

La narración pretende así recrear con crudeza las sensaciones que acompañan a la orfandad y la vulnerabilidad producto de la marginalidad, así como las consecuencias de teorizaciones pedagógicas vacías y de una escuela sin sentido, donde el devenir del maestro concurrirá para persuadir a su alumno de realizar una mejor vida.

El objetivo final de este relato es intentar, humildemente, reflejar algo de la subsistencia de incontables niños y adolescentes de nuestro sistema educativo.

Palabras claves: Adolescencia, marginación, docente, violencia, familia.

Abstract

The present life story shows the situation of life of an individual teenager who, from a very early age, gets in contact with a teacher of Physical Education. Interacting along the different educational levels, almost by chance, the life of both of them, the teacher and the student, interweaves and relates in different contexts of poverty, indigence and subjection.

The narration recreates almost with harshness and discomfort, the subjectivist sensations of orphanhood and vulnerability that are provoked by the marginality together with the empty pedagogical theories of a senseless school, where the erroneous teacher undertakes and bursts to persuade his student into a better life.

This fact motivates the story openness and reflects the inconsistent subsistence of innumerable children and teenagers of our educational system.

Keywords: Adolescent, marginated, teaching, violence, family.

Acerca de la técnica utilizada como abordaje cualitativo:

La presente narración fue realizada en el contexto de la tesis de grado “Desde el Margen...”. Basada en un hecho real, reseña casi con exactitud la historia de vida de un sujeto desde su niñez y su relación con un docente de Educación Física.

Los registros etnográficos y los registros de detalles (Taylor y Bogdan), pueden llegar a tener pequeñas diferencias con lo acontecido en un momento preciso, debido al tiempo transcurrido. El relato se confeccionó en su totalidad con seudónimos o nombres irreales, como también los datos de barrios y escuelas, con el objeto de preservar el total



sociedad de fomento y otras dos de la escuela del barrio, junto a un quemador a garrafa formaban la truculenta cocina comedor. Colmada de moscas y otros insectos, fermentaba la sobra de un puchero, lona por medio, dos colchones de dos plazas y tres de una plaza, sucios y haraposos descansaban en el suelo. Esa era su habitación colectiva, lugar clave para el contagio de piojos y enfermedades de toda índole.

Mis comienzos como Profesor de Educación Física.

Allá por marzo de 1985 tomo mi primera suplencia en un jardín de infantes en una salita de niños de entre cuatro y cinco años. Este establecimiento se encontraba ubicado en un contexto social de bajos recursos económicos y de familias muy humildes.

Una mañana, como cualquier otra, dando mi clase de Educación Física, observo que un niño no jugaba, no se integraba con sus compañeros; me acerco a él, que se encontraba solo sentado en el mástil, y lo veo llorando, me doy cuenta que es Ezequiel, me arrodillo y le pregunto que le pasa, me mira con su rostro enrojecido y lleno de mocos y no me contesta, vuelvo a insistir y se da vuelta dándome la espalda. Inmediatamente llamo a la maestra a cargo, la cual me comenta muy parsimoniosamente: - “ *Dejalo, siempre hace lo mismo, ya se le va a pasar, además le pega a todos los nenes y seguro que alguno se la devolvió...*”. Quedé atónito ante la respuesta de la docente, quizá porque hacía pocos meses que me había recibido, contaba con toda la inexperiencia de un novato y apenas podía aprenderme los nombres de los nenes (no todos),. De todos modos continué con mi clase.

En las clases siguientes Ezequiel ya no lloraba, se integraba al grupo, pero de forma violenta, golpeando a todos, pero especialmente a las nenas; daba la impresión que las odiaba, que necesitaba que le tengan miedo en todo el jardín. De penitencia en penitencia, vinieron las suspensiones por conducta (con solo cuatro años) y una solicitud de reunión con los padres. Después de llamarlos por 3º vez, una mañana, cerca del mediodía, aparece la madre, la atiende la directora (Irma), y la hace pasar a la Dirección donde la esperábamos la asistente social (Marita), la maestra de sala (que no recuerdo su nombre) y yo. Mientras hablaba la directora, al poco tiempo, observé que la madre parecía dormirse o, al menos, que le prestaba poco interés a lo que decía, quizá porque no le importaba lo sucedido con Ezequiel. A mi me parecía el discurso de la directora constituía una batería de recriminaciones contra del pibe. Pero no dije una palabra, era

mi primera vez que me encontraba con un cuadro así. Me pareció que Ezequiel me daba lástima...muchísima lástima.

En los meses siguientes, Ezequiel se volvió incontenible: la violencia que se presentaba en su vocabulario y la ejercida contra sus compañeros se hacía cada vez más peligrosa. Incluso, en varias ocasiones había llegado a golpear a la maestra. Pero en la clase de Educación Física era un poco distinto, parecía que me escuchaba, y que yo lo comprendía. Hasta que un día, llegó muy tarde al jardín (siempre lo traía uno de sus hermanos, "El Cabeza"). Este lo dejó en la puerta y se fue corriendo, lo miré detenidamente y noté que no podía caminar, fui hasta la sala con él pero me pidió que no entrar, entonces fuimos a la cocina y le pregunté que le había pasado, en ese momento se puso a llorar. Con la ayuda de la asistente social pudimos observar que lo habían maltratado físicamente, que lo habían molido a golpes y a cintazos. A pesar de su tan corta edad nos mintió asegurándonos que se había caído de un tapial.

Ezequiel y su paso por la escuela primaria.

Así continuó Ezequiel su paso por el jardín, hasta que finalizó a los seis años de edad. Pasaron tres años y no supe más de él. Hasta que en marzo de 1989 me hago cargo de unas horas provisionales en una escuela del barrio La Cruz, ubicada también en un contexto socio cultural muy marginal. En la segunda hora de clase, me presentan al 2º grado C, al que iba dictar mi próxima clase. Para mi asombro, lo encuentro otra vez a Ezequiel: había crecido mucho y estaba rapado; lo miro y lo saludo con una sonrisa (como para caerle bien), el me responde con una bajada en su mirada. La maestra, sorprendida, me pregunta si lo conozco. Yo le contesto: *¿Cómo se porta?* El rostro de la maestra se transformó, me dice que ya no sabían que hacer para cambiar su pésima conducta y la violencia que traía de la calle en el trato a sus compañeros y a todo el personal de la escuela. Me asegura que desde que entró a la escuela no hizo otra cosa que golpear e insultar a todos, que en ese momento se encontraba bajo el control del juez de menores y que por esa razón no lo podían "echar" de la escuela.

Impresionado por el informe de la docente, igualmente comienzo con mi clase. Al poco tiempo noto que Ezequiel me mira y me sonríe. Lo llamo y me dice: -*" Yo a usted lo conozco... fue mi profesor de "gimnasia" del jardín"*. Le contesto:-*" Yo también me acuerdo de vos, Ezequiel. ¿Cómo estás?, ¿cuántos años tenés ya?"*. Me respondió con

una carcajada y siguió corriendo con sus compañeros. Esa reacción me alegró, por lo pronto se lo veía bien.

Su primer encuentro con la policía.

Pasaban los meses y Ezequiel se comportaba medianamente bien en mi clase, pero en el aula y en los recreos continuaba con su agresividad. De suspensiones en suspensiones y de inútiles pedidos de reunión con la madre, una tarde llego a la escuela y advierto un tumulto magistral, la portera (Bety) me cuenta, muy alterada, que Ezequiel había cortado con una navaja en el brazo a otro chico. Me dirijo a la dirección, y veo a dos policías, uno de ellos tomaba del brazo a Ezequiel, que tironeaba con fuerza para escaparse, llorando e insultando a todo el que pasaba. La directora pálida y asustada por el hecho, hablaba por teléfono, a mi parecer con un vecino de la madre. Traté de calmar a Ezequiel y le pedí al policía que lo soltara. Fue entonces que me abrazó y comenzó, llorando, a contarme que Nito, el alumno agraviado, lo había avergonzado y robado las mandarinas de su mochila, que él se había defendido con una “cuchillita sacapuntas”. Le explico que no está bien lo que hizo y le pregunto que por qué no le había contado eso a la maestra. Me dice: -*“Esa puta, nunca me da pelota”*.

Al mes de lo sucedido, Ezequiel es incorporado nuevamente a la escuela. Continuó su estadía por la escuela primaria repitiendo grados y siendo yo su Profesor de Educación Física.

A medida que Ezequiel crecía, parecía crecer también sus agresiones, casi todos los días repetía actos impulsivos. Yo continuaba aconsejándolo, porque me parecía que me escuchaba, que le hacía bien que alguien se preocupara por él, pero su prontuario escolar y el de la calle, desequilibraba esa armonía que aparentemente teníamos ambos. Cuando Ezequiel llegó a 7º grado, con 14 años, su conducta y disciplina eran insostenibles, aparte de agresivo y violento, comenzó a beber, llegando a clase alcoholizado. Una mañana, en estado de ebriedad, manoseó a una nena de 5º grado en el baño y fue expulsado de la escuela definitivamente. Nunca supe con seguridad como fue exactamente ese hecho. Al enterarme de lo ocurrido, me comunico con la asistente social para que me informe acerca de la situación de Ezequiel. Me cuenta que es muy probable que el juez lo envíe a una “casa de contención” (un Instituto de Menores con problemas de inserción social) para poder controlarlo.

A la tarde de ese mismo día me voy para la casa de Ezequiel. Me atiende uno de sus hermanos mayores (el Beto), que me comenta que Ezequiel estaba en el “pozo” escondido hace unos días, porque lo buscaba la “yuta” (la policía). El “pozo” es una alcantarilla abandonada y desmoronada, donde ya no pasa el agua y el pasto crece a más de un metro, lugar que los chicos de la villa lo utilizan para desarmar las bicicletas robadas, venderse cosas, emborracharse y fumar marihuana si la “cosecha” fue buena. En el mismo instante que llegué, todos salieron corriendo, también Ezequiel. Al llamarlo a voz alzada se frena y me mira: tenía la mirada como perdida, las piernas se le doblaban. Le dije: -“¿Ezequiel, podemos hablar?, soy yo, Adrián”. Tambaleándose me contestó: -“...de que querés hablar, hijo de puta, si vos sos igual que ellos”. Paralizado por su respuesta y con un nudo en el estómago, me acerqué a él, olía a alcohol, tembloroso le puse una mano en el hombro y le dije:“...las cosas pueden cambiar, si vos querés”. Nos sentamos en una montaña de tierra y comenzamos a hablar, cigarrillo por medio. Ezequiel se dormía. Me prometió tratar de cambiar, me contó que la madre se había ido de su casa, que estaba solo con sus hermanos más pequeños (ya tres de los mayores estaban presos), que no tenía un centavo y que estaba escapando de la “yuta”, porque había robado en una casa quinta. El futuro de Ezequiel se complicaba, ya había empezado a delinquir.

Doña Beba.

Doña Beba era una vecina de Ezequiel, de más de 70 años aproximadamente, que lo había visto nacer. Como los patios de ambas casas se unían en el fondo, muchas noches de su niñez Ezequiel las pasó junto a Doña Beba en su casa. La mujer vivía sola, era viuda y su único hijo trabajaba en un frigorífico en Moreno. A Doña Beba toda la villa la respetaba por ser vieja y por curar “el empacho” y “el mal de ojo” como ninguna otra curandera. Ella tenía mi número de teléfono por cualquier cosa que le sucediera a Ezequiel.

Cuando Ezequiel cumplió 15 años, me fui a su casa con un regalo (una camiseta de Boca). Durante toda su infancia le fui dando ropa y zapatillas más, y otras que conseguía, pero ese día quería verle la cara de sorpresa cuando viera la 10 de Boca flamante. Golpeo las manos detrás del alambrado y me atiende Doña Beba. Me cuenta exaltada que no pudo llamarme porque le habían cortado el teléfono por no pagar, que estaba cuidando a los hermanos más chicos de Ezequiel, y que a este se lo había llevado

anoche la policía, que como se resistió le habían “pegado feo”. Esa misma tarde Doña Beba me cuenta, lagrimeando, un episodio de la infortunada vida de Ezequiel, que desconocía: -“ *Sabe lo que pasa profesor, a la yegua de la madre nunca le importó sus hijos, la inmunda trabajaba de puta todas las noches en la misma pieza donde dormían sus hijos, y el Ezequiel veía desfilar a todos estos tipos y como se “pinchaban” a la madre. Hasta que una noche un mal nacido de estos, borracho totalmente al igual que la madre, se aprovechó del Ezequiel que apenas tenía diez años...usted me entiende lo que le hizo al pobrecito del Ezequiel...como no va ser así...*”. Y Doña Beba rompió en llanto. Tan aberrante me significó lo narrado por esta mujer, que me estremecí, me subí al auto y enmudecido me fui. En el viaje de regreso a mi casa puteaba y me preguntaba como podían existir cosas semejantes.

El instituto de menores.

El director de la “casa de contención de menores” era conocido mío, le expliqué mi relación con Ezequiel y me permitió que lo viera, sin antes decirme que los golpes que tenía Ezequiel los había “traído” de la comisaría. Salgo a un patio muy pequeño, de baldosas viejas y descoloridas y detrás de una puerta de chapa aparece Ezequiel, rengueaba mucho y tenía la cara muy magullada. Con la cabeza gacha, no me miraba. Me acerco, le paso mi brazo por sus hombros y le digo:-“*Vení Ezequiel, vamos a sentarnos y si querés me contás que te pasó*”. Después de un largo rato de no emitir una palabra, solamente quejidos cuando respiraba, me dice:-“*usted profe es el único que me vino a visitar...*”. De ahí en más, bajó su mirada y no habló más. Antes de irme, le prometo que voy a ayudarlo, pero que tenía que tratar de cambiar, que iba por mal camino y que iba a terminar muy mal si seguía así.

Durante el transcurso de la semana, logro conseguir una entrevista con el juez de menores, le cuento un poco la historia de Ezequiel, la cual él ya conocía, y le ruego que trate de darle otra posibilidad de integrarlo a la escuela. Después de doce días aproximadamente, Ezequiel es incorporado nuevamente al sistema educativo, en una escuela nocturna para adultos, ya que su edad oscilaba los diecisiete años. La directora de la escuela (Esther), era una mujer de carácter fuerte, pero con muchos valores, sentimientos y experiencia en su trabajo. Manejaba con mucha rectitud todos los casos como los de Ezequiel.

Dos veces por semana lo iba a visitar en los recreos, hablaba un rato con él y con la directora. Y hasta a veces, después de la 22hs llamaba a la casa de contención para ver si Ezequiel había vuelto de la escuela. Al mes de asistir a clase, por ser buen alumno, le consiguen un trabajo como peón de albañil que le pagaban por día trabajado. Ezequiel lograba su primer cambio radical en su vida. Y yo estaba muy esperanzado.

Una noche, luego de haber pedido autorización al juez, lo voy a buscar a la escuela y lo llevo a cenar a mi casa. Ezequiel se sube al auto y angustiosamente comienza a contarme que tres chicos nuevos habían ingresado a la escuela, que a uno ya lo conocía cuando iba a las bailantas, y que lo estaban incitando para salir a robar escapándose de la escuela en horas de clase y que esa sería su coartada ya que nadie tendría que enterarse que en la escuela no estaban. Llegamos a mi casa, ya durante el viaje le repetía que ni se le ocurriera, que estaba mal, que iba a perder su trabajo y terminaría preso. Después de cenar, nos fuimos al patio y le hablé mucho, al fin me prometió que me quede tranquilo, que no era un “gil” y que no iba hacer nada, que me quería mucho y me respetaba. Esa noche lo llevé de regreso al instituto y me quedé muy preocupado.

Dos días más tarde, lo voy a visitar al recreo de las 20:10 hs y lo noto muy extraño y agresivo con sus compañeros y hasta conmigo mismo, a tal punto que me increpa si yo era un “covani” (policía) que lo seguía tanto. En ese momento se acercan tres jóvenes más, su aspecto no era de simples alumnos de una escuela, creo que el mayor, de unos 25 años, se encontraba alcoholizado o drogado. Los miro a los cuatro y le digo a Ezequiel: *“Conmigo no jodas, a mi respetame, solo vine a visitarte, no me ataques. ¿Está claro?”* Ezequiel no me miraba, pero los otros sí, se reían. Me di media vuelta y me fui. Paso por la dirección y pongo en conocimiento a la directora de lo sucedido. Me dice que esta escuela de adultos ya nada tiene de adultos, que los mayores se van, y que el 90% de la matrícula es de adolescentes expulsados de otras escuelas y de institutos de menores y que el sistema no permite que se los expulse nuevamente de la escuela, pero que me vaya tranquilo que me tendría informado del comportamiento de Ezequiel.

Luego de una semana, aparece, cerca del mediodía, Ezequiel en mi casa. Desafiante, me cuenta que no trabajaba más como peón de albañil y que la otra noche en la escuela había estado mal en como me había tratado, pero que no le gustaba que lo persiguiera, que ya era grande y sabía lo que hacía. Le contesté que lo quería más de lo que él se imaginaba y que lo hacía porque me preocupaba por él. En ese mismo instante

lo invito a empezar a jugar al fútbol en un club de mi barrio, le digo que si aceptaba le conseguiría el permiso para que saliera y que lo al otro día, a las 14 hs, podía presentarle al resto del equipo. Ezequiel concurrió a tres prácticas, se peleó a golpes de puño con dos compañeros y dejó de ir.

Fuga y delincuencia.

Promediando el final del ciclo lectivo, a punto de comenzar las vacaciones de verano, una tarde me llama el director del instituto, advirtiéndome que Ezequiel se había fugado y había abandonado la escuela. Me pregunta si sabía donde podía encontrarlo, para hallarlo antes que la policía.

Al día siguiente me contacté con varios chicos de la villa, pero nadie sabía nada. Luego de casi seis meses sin tener noticias, una noche me llama por teléfono “el Cabeza”, uno de los hermanos que más se preocupaba por Ezequiel. Me cuenta, muy sentido, que Ezequiel hacía un tiempo que estaba robando, que ya había robado varios lugares, que se drogaba y estaba toma mucho. El Cabeza tenía mucho miedo que lo mate la policía, para el peor, me dice que Ezequiel andaba “enfierrado” (armado). Había conseguido un “caño” (revolver), que le vendió “el Boliviano” (un sujeto extremadamente peligroso de unos 35 años, que visitaba la villa para vender “merca” (droga) a los pendejos). Sin saber bien que contestarle, le prometo que voy a tratar de ayudarlo, pero que, como estaban las cosas, escapaba a mis posibilidades poder hacer algo. Desde ese día nunca más tuve noticias de Ezequiel.

Abril de 1993, una mañana luego de desayunar, antes de ir a la escuela a trabajar, hojeando el diario me encuentro con un terrible titular: en un robo a una fábrica habían asesinado a un policía con un disparo en el rostro, el homicida, mayor de 21 años, era Ezequiel. Quedé petrificado mirando la foto del oficial que estaba de servicio y que era padre de tres niños, me sentí vacío e inútil, no comprendía lo que había hecho Ezequiel, que pudiera terminar así, pensé que había un error. Pero lamentablemente no fue así. Lo último que supe de él, es que se encontraba en el penal de Olmos, cumpliendo una condena mínima de 25 años.

Pasaron más de cinco años, yo tenía horas titulares de 1º ciclo en la escuela primaria para presos de la Unidad Nº 13 de Junín. Un lunes salgo al patio de recreo y visitas con los internos, y un suboficial me informa que había presos nuevos que se integrarían al grupo de deportes. Llegando a la cancha de fútbol escucho que me gritan:-“

¡vió profe que usted era un “ covani”, inmediatamente reconocí la voz, era la voz de Ezequiel, muy despacio me di vuelta, y si, era Ezequiel, pero no el chico de esta historia, todo lo contrario, la vida como la historia de Ezequiel habían cambiado para siempre. Enfrente de mi, se erguía un sujeto de rostro demacrado y macilento, con su cuerpo de “tumbero” (tumba los presos le dicen a la cárcel) cadavérico y tatuado, sus cicatrices hablaban de haber tenido que sobrevivir en las cárceles. De pronto se acerca, me mira y por lo bajo me dice:-“¿se acuerda de mí?, ¿no?. Soy yo, el Ezequiel”. Con los ojos repletos de lágrimas... lo abracé muy fuerte. A Ezequiel la vida lo había golpeado mortalmente, ya todo había terminado, su futuro ya no existía, sus sueños felices, si alguna vez tubo alguno, se esfumaron para siempre.

En la actualidad Ezequiel se encuentra cumpliendo su condena en el penal de Sierra Chica en un pabellón de drogodependientes.